

parecía de adversidad les quedar, salvo los castillos de aquella villa é de Colibre, que los franceses tenían. El Rey Luis de Francia sufría de mala voluntad que el Rey Don Juan de Aragon oviese recobrado las villas de Perpiñan é de Helna é por eso trabajó de se concertar con el Duque Carlos de Borgoña porque pudiese todas sus fuerzas poner para recobrar á Perpiñan, para lo qual ayuntó gran copia de gentes, con los quales embió estrenos é valientes capitanes, é con ellos al Cardenal Trapacense, y al llamado Albacense, como superior é amonestador de las cosas que facer se debían. Esto sabido por los catalanes é aragoneses, que con su Rey agravado en tanta vejez estaban, suplicaban al Rey que le pluguiese de dejallas el cargo de la defensa de aquella villa, é pusiese su persona real en mas seguro lugar; ni quisiese ponerse en peligro tan conocido, como sola su libertad podia mucho mas aprovechar á los trabajos de sus súbditos que si igualmente á ellos fuese cercano, porque les parecia ser necesario de embiar sus mensajeros al Príncipe Don Fernando su hijo, los quales le amonestasen que todas las cosas dejadas en Castilla, viniese socorrer á su padre, como él fuese en extremo caballero é mancebo é pudiese prestamente discurrir por las provincias cercanas á los Reynos de Aragon, el qual podia traer gran copia de gentes para resistir á los enemigos; lo qual si dejaba de hacer con gran corazon é dureza, ponía en peligro su persona real con gran infelicidad suya é miserable servitud de los suyos. A lo qual el fortísimo Rey respondió: «Caballeros, mucho estoy maravillado de la prudencia y virtud de vosotros como ayais avido el honor que rescabistes con la guerra, pensádeses agora la verdadera salud de Perpiñan é de todo el Condado de Ruysellon no estar en mi presencia, que yo estando ningún espanto nos puede hacer el ejército de los franceses por grande que sea; é si yo me partiese, por la opinion concebida ser de miedo, los que cerca de mí estando, serian valientes, con mi ausencia enflaquecerian, é por aventura darian la villa á miserable sujecion é podia ser que algunos de los moradores della se inclinara á la dar por traicion.» E visto el propósito del Rey, los aragoneses é valencianos é catalanes que allí estaban acordaron de embiar sus embaxadores suplicando al Príncipe Don Fernando quisiese venir ayudar á su padre puesto en tan decrépita edad, entre tan grandes trabajos é peligros. Estas cosas oidas por el Rey mandó llamar generalmente á todos que viniesen á la iglesia mayor, donde algunas veces mandaba hacer sus ayuntamientos, é allí en presencia de todo el pueblo hizo un juramento en forma de nunca se partir de Perpiñan fasta tanto que aquella villa fuese librada del temor que tenía del cerco venidero de los franceses, quitando mucho la venida dellos con gran muchedumbre de gentes, las quales pensaron oprimir al Rey é á todos los de la villa por continuo combate de tiros de pólvora é trabucos é ingenios é por hambre, apretándolos de tal manera, que de ninguna parte le pudiese venir socorro, mayormente

como les pareciese que el atajo que el Rey avia mandado facer entre la villa é la fortaleza no podia ser bastante para se poder amparar é defender; é tenían los franceses allende desto esperanza de haber la villa por traicion de algunos moradores della, é creían el Rey tan viejo no podria sostener tan grandes trabajos é fatigas, é convenille ya encomendar el cargo algunos de quien los moradores de la villa no acatasen con reverencia, lo qual por cierto mucho lejos acaesció del pensamiento de los franceses como el valientísimo Rey desde la hora de la nona armado, encima de un caballo andaba de estancia en estancia, requiriéndolas é poniendo en cada una un estrenuo caballero por capitán, é gentes escogidas para las guardar é con maravillosa solicitud ninguna cosa le quedaba de proveer en todo lo necesario; pero con todo eso los franceses tenían en poco la virtud del Rey confiando en la traicion que algunos dias estaba puesta en obra, como tuviesen una mina fecha desde el campo, que entraba en la casa de un traidor hombre muy principal de aquella villa; é como la gente de los franceses de súbito saliesen por aquella casa, el Rey que en todas las calles avia fecho contraminas, temiendo aquella traicion poderle ser fecha, socorrió con muy gran presteza con quarenta caballeros, é en la mitad de la noche valientemente combatió aquella casa de tal manera que todos los franceses que por la mina entraron ninguno quedó que no fuese muerto ó preso, y en los otros que de fuera estaban se hizo tal daño, que pocos dellos volvieron sanos á la fortaleza, é todo aquel dia los franceses gastaron en proveer los caminos como no tuviesen mucha esperanza de aver la villa por combate, é los franceses hicieron en torno de la fortaleza tres fosados, porque los catalanes é aragoneses aunque eran pocos en comparacion de la muchedumbre de los franceses, no pudiesen entrar en la fortaleza é por la tardanza del tiempo con la hambre oviesen de dar la villa; é como en este tiempo los que en ella estaban con Don Juan, Arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo del Rey de Aragon, corrian el campo é traian provisiones á Perpiñan, é hacian grandes daños en los franceses, pero con todo eso los de Perpiñan, temiendo el largo cerco, enviaron sus mensajeros al Príncipe Don Fernando, suplicándole segunda vez no tardase de venir socorrer á su padre, como el cerco cada dia mas amenazase la toma de aquella villa, segun la muchedumbre de los enemigos que cada dia mas se acrecentaban, como la voluntad del Rey Luis de Francia mas atenta en esto fuese que en otra cosa, é si por batallas á banderas desplegadas no eran socorridos, difícil seria, ó mas verdaderamente hablando, imposible no ser muertos por hambre. Visto este mensaje por el Príncipe, aunque continamente pensaba venir socorrer á su padre, determinó de aver el consejo de la Princesa Doña Isabel, su muger, é del Arzobispo de Toledo, los quales como quiera que conociesen quanto daño venian en las cosas de Castilla por la partida del Príncipe, pareciolos ser cosa razonable de dejar to-

dos los otros negocios por socorrer en tan extrema necesidad donde pendía la vida del padre é la libertad de los fieles caballeros é vasallos suyos, é que convenia sin tardanza alguna la partida suya ponerse en obra, como quiera que al Arzobispo quedaba gran cargo despues de la partida del Príncipe con muy delgada sustancia, despues de aver hecho muy grandes despensas; é como entonces Troyllos Carrillo tuviese siete mil florines por aver el derecho del Condado de Augusta en la isla de la ulterior Cecilia, mandó el Arzobispo que los diese para pagar sueldo de docientas lanzas que con el Príncipe fuesen por dos meses, sin que el Rey de Aragon ni el Príncipe les oviese de dar cosa alguna. El Príncipe loó mucho la mananimidad é liberalidad del Arzobispo, é todos los otros grandes que á los Príncipes seguían se ofrecieron de le hacer mas largo servicio, los quales todos con palabras satisficieron, salvo solamente Don Alonso Manrique, hijo mayor del Almirante Don Fadrique, el qual trajo setenta lanzas muy escogidas é algunos otros peones hijos-dalgos que quisieron ir á servir al Príncipe, con la qual se acrecentó el número de la gente que el Príncipe llevó en Aragon fasta quatrocientas lanzas, lo qual incitó á los de Zaragoza á hacer ayuda al Príncipe con docientas lanzas é á los de Valencia no menos movió la ida del Príncipe é la calidad de tan extrema necesidad en que su padre estaba. E con estas gentes el Príncipe continuó su camino fasta llegar en Perpiñan.

## CAPÍTULO LXXXVII.

Del bienaventurado suceso que ovo el Príncipe Don Fernando en la ida de Perpiñan, é de la muerte del Cardenal Albacense é de la concordia fecha entre los Reyes de Francia é de Aragon.

En otra manera sucedió el viaje del Príncipe Don Fernando de como lo pensaba el Rey Don Enrique, el qual, como continuase su camino, muchos de los aragoneses, valencianos é catalanes lo quisieron seguir, aviéndose por bien aventurados en poderse fallar en servicio de tan gran Príncipe contra sus enemigos; ni menos los que estaban en Perpiñan con su Rey trabajaban por conservar su salud é la libertad de sus súbditos, en tanto quel Príncipe Don Fernando recogía sus gentes para venir en socorro del Rey su padre. Ni los que en Perpiñan estaban dejaron de pelear continuamente con los franceses, de los quales, aunque en número eran mucho menos, en virtud eran mayores, é de tal manera se avian con ellos, que siempre los sobaban é llevaban dellos ventaja conocida. E como los franceses á los caminos saliesen, los que estaban en Helna con el Arzobispo de Zaragoza, hijo del Rey de Aragon, aguardábanlos, é mataban é prendian muchos dellos; é increíble y maravillosa cosa es con quales artes y engaños los aragoneses conservaban la vida de su Rey é la libertad general de todos, como fuese tan poca gente dentro en Perpiñan en comparacion de la muchedumbre de los franceses, teniendo tan grandes fuerzas, é fuese

libre de los franceses á la parte de Colibre é á la provincia de Narbona; é á los catalanes ninguna salida les era segura segun la dispuscion é ordenanzas de las estancias que en los caminos los franceses tenían, á los quales pudo engañar el estrenuo é valiente caballero Mosen Pierres de Peralta, Condestable de Navarra, el qual como supiese la lengua francesa, vistiéndose hábito de fraile menor, discurrió por todas las estancias de los franceses é por todo el Condado de Ruysellon, y entró en el Real de los franceses, é con ellos muy largamente habló haciéndose á ellos muy principal; é como entre los franceses é catalanes peleasen, é algunos cayesen de los franceses mostrándose misericordioso é así con los que se volvían á Perpiñan se metió, de quel Rey ovo gran alegría, el qual en muchas cosas les avisó, de que gran provecho se le siguió; y de continuo este caballero, aunque viejo, con dos hermanos llamados el uno Beltran de Almendarez y el otro Juan de Almendarez que mucho habian servido al Rey de Aragon en el tiempo de la rebelion de Barcelona, cabalgaban todos tres con poca gente é tan sabiamente lo hacía, que siempre mataban é prendian algunos de los franceses, de tal manera que ni osaban ir al campo, ni solamente á dar agua á sus caballos, ni á traer leña, que saliendo de su real no fuesen presos ó muertos. E acaesció que como cada dia bienaventuradamente los navarros peleasen con los franceses, tanto creció en ellos la osadía, que como los franceses dexasen las puertas del real abiertas, Juan de Almendarez con tres de caballo en la entrada del real fué preso, é contra la ley de la guerra, por la furia de los franceses fueron muertos. El Rey con el gran enojo de la muerte de aquel caballero é de los que con él iban, mandó degollar todos los prisioneros franceses que tenía, lo qual como en el real se sintiese, embiaron luego humilmente suplicar al Rey le pluguiese usar de clemencia é misericordia por la muchedumbre de prisioneros que tenía, perdonando el error hecho por algunos sin consentimiento ni voluntad del capitán ni de los otros principales que con él estaban, é quisiese creer que dende en adelante las leyes de la guerra se guardasen. Al clementísimo Rey plugo de acetar el ruego de los franceses, los quales como ya sintiesen la venida del Príncipe Don Fernando, pensaron hacer alguna cosa hazañosa ante de su venida, para lo qual hicieron una mina secreta por debajo del atajo que el Rey de Aragon habia mandado hacer, é un dia ántes que amaneciese, salieron por la mina la gente de armas de los franceses, é pusieron las escalas al muro, é subieron algunos por ellas; é como uno quisiese tomar una torre en la qual estaba un velador, de quien ante de entonces muy poca cuenta se hacía, tan valientemente peleó, que mató á aquel que primero subió, é defendió de tal manera el muro, que ántes que los franceses pudiesen tomar ninguna torre el velador fué socorrido por los españoles, é la virtud de solo un hombre pudo tanto, que por su esfuerzo la villa no se tomó é muchos de los franceses fueron muer-



tos. E dejadas de escribir otras muchas cosas con viril osadía hechas por la gente del Rey de Aragon, es de escribir todo lo acaescido al Príncipe Don Fernando ante que pasase de la provincia de Ampurias á la villa de Helna de donde los que en la guarda della estaban socorrian la mengua de viandas que los de Perpiñan tenian; é como á los franceses pareciese que aunque se juntasen los de Perpiñan é los de Helna no bastarian para pelear con ellos y el contrario tenian creído los españoles como siempre en las peleas pasadas oviesen llevado conocida ventaja á los franceses, é los de Helna señalaron un día á los de Perpiñan por sus mensajeros para que fuesen prestos para su socorro, porque entendian en aquel día al tiempo del alba pelear con los franceses, donde pelearon de tal manera que los franceses fueron desbaratados, é allí fueron presos los capitanes llamado el uno Mosen Dolao é el otro el Senescal de Balcayre con muchos nobles é otra mucha gente comun; é los que escapar pudieron se fueron huyendo á su real; lo qual acaesció en veynte y dos dias de Junio del dicho año. El Príncipe Don Fernando llegó á un paso llamado el puerto de Mozana, la subida del qual era muy alta é difícil de subir. En aquel día hizo un viento tan grande que á todos parecia ser imposible poder pasar á causa de lo qual los grandes que con el Príncipe estaban le suplicaron no quisiese contender con la adversidad del tiempo, ni quisiese poner á sí ni á los suyos en tan gran peligro, el qual querer por el gran esfuerzo suyo é porque el espíritu divino lo llevaba, porfió contra la voluntad de todos continuar su camino, é subió en la cumbre de increíble altura, é por exemplo suyo toda su gente subió, ante que fuese quatro horas del día, é pasó de manera, que sin perder cosa alguna casi á cinco horas del día el Príncipe Don Fernando en vista de los enemigos ordenó sus batallas; el qual como viese grandes lumbres en el real, que de lejos pareciesen las batallas de los enemigos aparejadas para pelear, el Príncipe amonestó á todos rogándoles tuviesen buen corazon y esperasen bien aventurada vitoria, como á todos ellos fuese notorio la maldad de los franceses; que quisiesen aver memoria de los maravillosos acaescimientos en que siempre la divina Providencia ayudó á la verdad, ni les pareciese cosa grave de recobrar de los franceses lo que en Cataluña tenian ocupado, como la muchedumbre dellos no pudiese sufrir la ferocidad é valentía de los españoles y como fuese peligrosa cosa á la muchedumbre de gente medrosa pelear en campo con banderas desplegadas con gente escogida aunque en número sea mucho ménos como muchas veces la muchedumbre de los franceses haya sido desbaratada de los pocos que en Helna y en Perpiñan estaban con gran daño de sus capitanes: «é si por ventura, dixo el Príncipe, aquí hay algunos que teman pelear por la muchedumbre de los franceses, díganlo ante que la batalla comencemos, porque el temor de aquellos no traiga daño á la virtud de los esforzados varones,

» como mas segura les sea con los pocos escogidos »terribles cosas cometer, que con muchedumbre de »gente medrosa, donde la turbacion de los tales »suele traer perdimiento de todos.» Las quales cosas como todos oyesen, á muy grandes voces dixerón: «Señor, vamos á ellos, que aquí no hay ninguno que tenga temor, mas todos queremos ya pelear é no perder tiempo. Vamos, vamos con la gracia de Dios.» Entónces sonaron las trompetas, é las compañías de Helna é las batallas del Príncipe á banderas desplegadas se movieron. El Rey en este tiempo requirió todas las estancias de torres é puertas, en las quales proveyó de la gente necesaria, é salió contra los enemigos con los peones navarros acostumbrados de guerra; é mandóles que, quando menester fuese, siguiesen las banderas é hiciesen lo que les fuese mandado. El fortísimo Rey armado de todas armas é fortísimo arnés, encima de un gran caballo discurrió por sus batallas, ordenándolas; con el qual estaba Don Alonso, su hijo bastardo; y el Conde de Paredes, é Beltran Ugon de Rodelmin, Prior de la órden de San Juan, el Castellano de Amposta é Mosen Pierres de Peralta, Condestable de Navarra y Fernando de Rebolledo y Beltran de Almendares; con los quales acordó de esperar la venida del Príncipe, para ver si seria mejor juntarse todas las gentes para la batalla, ó darse cada una por su parte, como la muchedumbre de los franceses fuese tanta que serian bien quarenta mil hombres d'armas, de los quales en las peleas pasadas desde el principio del cerco fueron perdidos por diversos casos bien quince mil hombres, algunos por hierro é otros de fiebres é grandes enfermedades; y el Cardenal Albacense fatigado de grande enfermedad se avia partido del real, el qual dado á toda corrupcion é malas costumbres, ovo muerte muy penosa, en testimonio de su torpe vida; el que fué el primero que en esta guerra mandó poner fuego en las iglesias, y amonestó á los franceses usar de crueldad áun allende de su natural costumbre. E los otros capitanes franceses, mirando como eran presos los principales dellos, é sabiendo como el Príncipe Don Fernando venia con gran gente contra ellos de Castilla en otra manera, pensaron de hacer de lo que el Rey de Aragon ni su hijo creian, los quales mandaron poner fuego á su real con intencion de dar la batalla, con mas voluntad de se ir á la villa de Salsas que cercana á la provincia de Narbona; los quales cometieron á poner fuego á su real, á tiempo que vieron á lexos por la ladera de un monte al Príncipe Don Fernando con sus batallas ordenadas; y el Rey de Aragon eso mesmo esperaba al ver lo que los franceses querian hacer y querian dar batalla ante que el Príncipe llegase. Entre tanto los franceses paso á paso se fueron sus batallas ordenadas como ovieran de pelear; é visto por el Rey lo que los franceses hacian, embió á gran priesa á quien conociese por qué causa el real de los franceses se quemaba; é los que fueron hallaron algunos que con la fuerza del fuego no pudieron salir; lo qual como el Rey conociese, movió con toda su gente de caba-

llo por ir rescibir al Príncipe que no muy lexos parecia por la parte de Helna é como llegase muy cerca las batallas del Rey é del Príncipe, los Grandes que con el Príncipe venian llegaron besar las manos al Rey, é los que con él estaban con muy gran gozo fueron besar las manos al Príncipe, el qual, como vido al Rey, con gran reverencia le vino besar las manos, y el Rey le dió paz é le dixo: «Agora me tengo por bienaventurado, pues engendré á quien dió libertad en mi tierra. Yo quiero que seais mi huésped é mi convidado en la ciudad de Helna que está muy cerca, donde comeremos, é despues de comer iremos á Perpiñan.» E así lo pusieron en obra; é ántes de las vísperas llegaron á Perpiñan, donde los salieron los hombres é mujeres con gran gozo á rescibir, y con muchos cantos é danzas é juegos, dando grandes gracias á nuestro Señor é loando mucho la virtud del Rey é no menos del Príncipe, que en tan gran necesidad les vino socorrer é á dar libertad á los de aquella villa é toda la comarca, dándoles hartura que mucho deseaban despues de tan gran hambre pasada.

## CAPÍTULO LXXXVIII.

De como el Príncipe Don Fernando el día siguiente salió á dar la batalla á los franceses, é de muchas cosas que acaescieron ante que el Príncipe volviese; é de algunas cosas que un caballero llamado Don Donis, nieto del Rey Don Donis de Portugal, hizo estando en servicio del ilustrísimo Rey Don Juan de Aragon.

El siguiente día el Príncipe Don Fernando salió de la villa de Perpiñan con sus batallas ordenadas, é fuése á la provincia de Narbona, donde supo que los franceses se habian retraído, pareciéndole ser poco aver fecho levantar el cerco de Perpiñan á gran muchedumbre de franceses, si con ellos no pelease, á los quales envió presentar la batalla á banderas desplegadas; y en tanto que el Príncipe esto hacia, el Rey Don Juan su padre mandaba combatir con gran vigor la fortaleza que los franceses tenian, de los quales muchos dellos estaban derramados por la provincia de Rosellon, é como supieron la venida, se vinieron á juntar con la muchedumbre de los franceses que con sus capitanes estaban; é luego todos los lugares que estaban cerca de Perpiñan se dieron al Rey, é muchos otros que estaban en la ribera de la mar, en tal manera, que todos los franceses estaban ya juntos en un lugar. El Príncipe Don Fernando llevaba sus batallas ordenadas, é como sus corredores discurriesen por diversas partes, todos los franceses que topaban é iban por se juntar con sus capitanes, los mataban ó prendian; é tantos caballos les fueron tomados, que por un florin de Aragon se fallaba un caballo. E ya el Príncipe cerca de los franceses, perdida la soberbia que solian tener, como quiera que fuesen muchos mas que los españoles, no osaron dalles batalla, aunque ningun recelo pudiesen aver de celada, como las batallas del Príncipe en campo llano todas pareciesen. En aquel día, con doscientos ginetes salió un capitán de los franceses á escaramu-

zar con la gente del Príncipe, con los quales de tal manera los del Príncipe pelearon, que muchos dellos fueron muertos, é los otros con su capitán á gran trabajo pudieron llegar á su real; el qual tenian mucho fortalecido de cavas y palizas de guerra, segun costumbre francesa, sin voluntad de dar la batalla; lo qual como el Príncipe conociese, despues de haber gran pieza esperado, sus batallas ordenadas, se volvió en Perpiñan; lo qual todo como fuese escrito por los franceses, el Rey de Francia ovo tan grande enojo, que mandó llamar toda la gente que avia embiado contra los ingleses é bretones é borgoñones, que con capitanes muy escogidos viniesen contra el Rey de Aragon; el qual estaba como atónito y espantado que en tan grande edad é con tan poca gente, é menguado de dinero pudiese aver recobrado á Ruisellon é á Barcelona é á Perpiñan é á todas las villas cercanas á ella, é oviesen combatido é combatesen cada día la fortaleza de Perpiñan que él pensaba ser inespuntable, é oviese muerte é vencido tanta gente suya; é allende desto doliale mucho perder las rentas de Ruisellon que eran muy grandes, así por mar como por tierra, porque en esta guerra estaba mas atento que en ningun otro negocio el Rey de Aragon, creyendo que despues de aver los franceses tan grandes daños rescebido no podian tan presto le hacer guerra, é dió licencia á la mayor parte de la gente que tenia dejando solamente quinientos de caballo; é luego llegó al Rey de Aragon la fama de la venida de los franceses con mucho mayor ejército que antes habian venido, é los grandes que con el Príncipe estaban mostraron gran temor, é solo el Rey sin otro consejo determinó de irles dar la batalla y con él solamente quinientos de caballo y dos mil peones que tenia. E como el Príncipe fuese al Rey muy obediante é conociese su pertinacia, obedesció su mandado, é ninguno fué de los grandes que ende estaban que osase contradecir el querer del Rey, esperando con todo eso que á la vista de los enemigos se tomase consejo, de que el Rey viese la muchedumbre grande de ellos, é quan poca gente era la suya para poder con ellos pelear. E así el Rey con sus batallas andando, embió algunos pocos de caballo que supiesen qué tanta gente era la francesa los quales miraron discretamente el real y dixerón que podian ser treinta mil combatientes é mas; lo qual dixerón al Príncipe Don Fernando é á los Grandes que con él estaban, los quales pensaban aquel día España perderse si peleasen tan poca gente con tan gran muchedumbre de enemigos. La mayor parte de los susodichos eran de caballo, é con quanto temor los españoles tenian, ninguno ovo que osase decir al Rey su parecer como ya al Rey oviesen visto en grandes peligros; é fué acordado que un escudero que allí estaba llamado Lope Alonso de Laguna, aposentador del Príncipe, criado del Arzobispo de Toledo, á quien el Rey mucho queria, le fuese decir la verdad de la gente que los franceses tenian, mostrándole quan gran peligro seria con poca gente aver de dar la batalla á tan gran mu-



chedumbre; á lo qual el valientísimo Rey respondió: «Vosotros los que nunca esperimentastes la fuerza de los franceses, ligeramente vos espantais viendo la muchedumbre dellos; mas nosotros que muchos años ha que los conocemos, é mucho de sangre avemos derramado por dar libertad á esta tierra, podemos mejor conocer qué peligro, qué infortunio nos pudiese venir si pocos españoles contra muchos franceses peleasen, é ya de los míos ninguno avría quedado, si temor de los muchos franceses oviesen concebido; por eso, Lope Alonso, yo vos ruego querais aver buen corazón, que yo vos certifico que ante que sea hora de veras, seréis muy alegres con nueva victoria.» El Lope Alonso dixo al Rey que no sabia como esperase victoria quien veía cien franceses para un español. Al qual el Rey dixo: «Andad, los, que otra vez certifico avremos victoria por la gracia de Dios.» El qual espantado é maravillado con esta respuesta, se volvió al Príncipe y á los Grandes que con él estaban, los cuales como quiera que viesan tan cercano el peligro, no pudieron estar que no riyesen de la respuesta del Rey; é como todos estoviesen desesperados, vista la voluntad del Rey dende á poco espacio en grande alegría se convirtió la tristeza de los españoles, como por la mano de Dios á los franceses llegó un mensajero, el qual les dixo que fuesen ciertos que infinita gente de españoles venían; é como este mensajero les llegó de súbito, levantaron el real, dejando en él todas las artillerías de mayor peso, las cuales el Rey de Aragon mandó llevar á Perpiñan, y los franceses espantados iban diciendo que por demas era el Rey de Francia conquistar aquella provincia en tanto que el Rey Don Juan de Aragon viviese, no se ganaría por mucha gente que contra él viniese. Las nuevas de todo esto fueron en Borgoña y en Bretaña, de que el Rey de Francia ovo gran turbacion, é pensó de tomar otra forma, y envió al Rey de Aragon personas que entre ellos moviesen tratos de concordia, lo qual mucho ayudó al Rey de Aragon cansado de tan grandes trabajos é larga guerra; y en tanto que el Príncipe Don Fernando en los Reynos de Castilla se volvió, determinó de embiar al Rey de Francia solenne embaxada, en que fueron principales Don Juan de Córdoba, Conde de Paredes, é Bernaldo Ugon de Rocabertin, Castellon de Amposta, é con ellos cinquenta caballeros é gentiles-hombres, con grande aparato, allende de la gente de servicio, por mostrar el poder de los aragoneses, porque no pensase el soberbio Luis de Francia la nobleza de España fuese del todo consumida. Ni por eso el Rey de Aragon dexó de fortificar el atajo que avía fecho entre la villa de Perpiñan é la fortaleza, el qual acrecentó mucho, así en hondura como en largura, é puso en él muy gruesas lombardas para combatir la fortaleza, así de las que de los franceses tomó como de las suyas. El Príncipe Don Fernando con mucha alegría é triunfo tomó licencia del Rey su padre, é fuese visitar é proveer algunas ciudades de Cataluña é Aragon que su presencia deseaban.

Poco tiempo antes desto avía estado en servicio del serenísimo Rey Don Juan de Aragon un caballero llamado Don Donis, nieto del Rey Don Donis de Portugal, el qual en servicio del Rey avía ganado algunas villas é fortalezas de los rebeldes á él, é avía venido al socorro de Cervera, pasando veinte y quatro leguas por tierra de enemigos, con ciento y cinquenta castellanos que le seguían; é aviéndole el Rey grande amor, é deseando facerle merced, engañado por el Rey Luis de Francia con vanas esperanzas, dexó el servicio del Rey de Aragon é pasóse á los franceses con la gente castellana que le seguía, de que el Rey de Aragon ovo mucho enojo. E como el Rey de Francia ninguna cosa cumpliese con él de lo que le fué prometido, dejó su compañía, é fué servir al Duque Carlos de Borgoña, é despues de su muerte ha servido y sirve al Rey de los Romanos, hijo del Emperador Federico de Alemania.

## CAPÍTULO LXXXIX.

De la venida del Príncipe Don Fernando en Castilla, é del engaño que el Rey Luis de Francia hizo al Rey Don Juan de Aragon.

Estas cosas así pasadas, el Príncipe Don Fernando se vino en Castilla, é ante que de Cataluña viniese el Rey Luis de Francia, mas con propósito de seguir á se vengar que de aver buena paz, fingió de tener los caballeros quel Rey de Aragon avía enviado por embaxadores, en el comienzo de las condiciones de la mistad que entre ellos se avía de hacer, con esperanza del casamiento del Delfin su hijo con Doña Isabel, hija del Príncipe Don Fernando é de la Princesa Doña Isabel, diciendo que esto hecho, daría qualesquiera fuerzas que él toviese tomadas en el Condado de Ruisellon, con tanto quel Rey Don Juan de Aragon dentro de un año le pagase trescientas mil coronas que él avía prestado para hacer la guerra á los rebeldes catalanes, la confirmacion de lo qual se cometiese al Conde de Paredes é al Castellon de Amposta, en galardón de la embaxada; á los cuales el Rey de Francia desto certificó, é como estos caballeros oviesen entrado en Francia con muy noble compañía é grande aparato é mucha costa, defirió la fabla mostrando tener alguna duda, porque en la tardanza estos caballeros creyeron no tener franca libertad ni se les daba lugar de rescibir cartas, ni las embiar, ni menos ya ir donde querían, lo qual al Parlamento de Paris pareció muy mal. El Rey de Francia de nada desto curó, é mandó que los cinquenta caballeros que allí eran venidos con el Conde de Paredes é con el Castellon de Amposta, se volviesen al Rey de Aragon, é los dos principales con poca compañía de los servidores quedasen allí, simulando esto facer no por los privar de su libertad, mas que fasta tomar conclusion de los ingleses é borgoñones é bretones, no podia entender en las cosas de España; lo qual el Rey de Francia hizo por aver lugar de poder enviar gente poderosa para no solamente ocupar el Condado de Ruysellon, mas Cataluña é Aragon é las postrimeras partes de España,

## CAPÍTULO XC.

Del cerco de Alcalá de Guadaira fecho por el Duque de Medinasidonia, é de la venida del Marqués de Caliz por socorrer á la dicha villa, é del trato que entre ellos ovo.

En tanto que estas cosas pasaban, otros movimientos de Andalucía se movieron, como aún durase la guerra entre el Duque de Medinasidonia, Don Enrique de Guzman, y entre el Marqués de Caliz, Don Rodrigo Ponce de Leon. E como la villa de Alcalá de Guadaira tuviese Fernan Darias de Sayavedra, cuñado del Marqués, é desde allí siempre recibiesen daño los de Sevilla, el Duque acordó de allegar gran campaña de gente, diciendo que queria ir á Xerez; é como Alcalá sea dos leguas de Sevilla, mandó sacar sus pertrechos muy grandes de lombardas é quartagos é trabucos, é varios pinjados, é todas las otras cosas nescesarias para combatir, é vino poner el cerco sobre Alcalá de Guadaira con fasta tres mil de caballo, é ocho mil peones. E como el Marqués fuese certificado el Duque combatir la villa de Alcalá, escribió á todos sus amigos é ayudadores, é juntó poco menos gente de la quel Duque tenia, donde es cierto que de la una parte é de la otra fué puesta la mayor parte de la noble gente del Andalucía; é como el Duque oviese comenzado á combatir la villa, en la qual estaban Don Alonso Ponce de Leon, hermano del Marqués, é Fernan Darias de Sayavedra, é Martin Galindo é algunos otros buenos caballeros criados del Marqués, trabajaban quanto podian por la defender; é con el Duque venian algunos á quienes placía que la villa se tomase, los cuales tubieron forma que los dichos caballeros fuesen avisados de todo lo quel Duque hacer queria, entre los cuales se afirma aver seido el principal Alonso Pimentel, de quien el Duque mucho confiaba; é allende desto un Comendador de la orden de Santiago, llamado Mosquera, criado del Maestre Don Juan Pacheco, que hizo grande empacho porque la villa no se tomase, el qual fingió aver seido herido por la mano de Maestre Alonso, lombardero del Duque, el qual como fuese á poner fuego á una gruesa lombarda, dióle una gran cuchillada en el pescuezo de que luego cayó en el suelo como muerto; lo qual como el Duque supiese, como quier que él naturalmente no fuese inclinado á crueza, gran ira ovo que puesta mano á la espada, la puso por el cuerpo á Mosquera, de tal manera que de parte á parte lo pasó, é de la muerte dél tan grandes dificultades ovo é nascieron, que se dió grande estorbo en la tomada de aquella villa. Con todo eso el arrabal de San Miguel se combatió por los del Duque, é como llegase la nueva de la venida del Marqués, ovo turbacion de consejos de lo que se debía hacer, é algunos dixeron que como el Duque allí tuviese gran muchedumbre de gentes, que debía escoger los que mas le pluguiese para tener el cerco, é con la otra gente él debía ir á darle batalla al Marqués. Otros fueron de acuerdo que el Duque debía levantar el cerco, é con toda la gente

dar la batalla, y el Conde de Tendilla, Don Ínigo de Mendoza, é Alonso de Velasco, hermano del Conde de Haro, dixeron que su parecer era que por algunos medios el Marqués fuese tentado para dar entera paz entre el Duque y él; é como el Duque fuese mas deseoso del reposo que de la guerra, ovo por bueno este consejo como su final intencion fuese recobrar la ciudad de Medina que tenia perdida, de que no solamente se le seguía aquel daño, mas desde allí se esperaba perder la mayor parte de la tierra que le quedaba. El Marqués estaba en grande agonía, porque si la batalla se daba parecía muy gran sobra de gente la quel Duque tenia, é, si tardaba de la dar, érale gran trabajo haber de pagar sueldo á tan gran gente; é los caballeros que al Marqués ayudaban avian por grave cosa aver de pelear con gente tan demasiada, é con quien tan gran dinero tenia para la pagar, é decían ser manifiesta locura del Marqués si presumía pelear con la gente que el Duque allí tenia. Y el Marqués estando en esta agonía, llegaron á él el Conde de Tendilla é Alonso de Velasco, los cuales quisieron aver por compañero á Don Fadrique Manrique, que habia traído la gente de Eciija á favor del Marqués, el qual mucho deseaba poner la paz entre estos caballeros, especialmente porque Don Pedro d'Estuñiga, sobrino suyo, que mucho amaba, estaba allí con el Duque é al Duque así mesmo amaba; é dándose la batalla ninguna alegre nueva le podia venir. E todas estas cosas vistas, el Marqués fué ligero de hacer atraer á facer el compromiso, el qual se hizo por parte del Duque en el Conde de Tendilla é en Alonso de Velasco, é por parte del Marqués en el Obispo de Caliz Don Pedro de Solís y en Don Fadrique Manrique, de que mucho desplacía á los sevillanos, mayormente á los peones, los quales deseaban mucho pelear. Y el comienzo de lo asentado por los dichos jueces fué que el Duque y el Marqués se fuesen al castillo de Marchenilla, lugar de Alonso de Velasco, que muy cerca de Alcalá de Guadaira, é con ellos entrasen cada tres servidores sin armas algunas llevar, é que de allí no saliesen hasta que los jueces susodichos determinasen en todos los debates que entrellos estaban. La sentencia en suma fué la siguiente: que la una parte á la otra hiciesen perdón de qualesquier muertes que oviesen pasado de los unos á los otros, é que todo lo tomado de los unos á los otros se tornase á sus dueños, é la ciudad de Medinasidonia, que por el Marqués estaba ocupada, la restituyesen al Duque, cuya era, en cierto tiempo, é que el Marqués oviese perpetua libertad para pescar los atunes cerca de la ciudad de Caliz, despues de avidos los privilegios por el Duque en que allen desto todas las cosas que restituir se pudiesen de la una parte á la otra fuesen restituidas á sus dueños; lo qual todo se concluyó en tres dias, como quiera que muy grave fué al Marqués la restitucion de la ciudad de Medina.



## CAPÍTULO XCI.

De la venida en Vizcaya de los Embaxadores del Duque Carlos de Borgoña, el qual con singular amor embió al Príncipe Don Fernando su devisa del Tuson de oro.

En este tiempo el Príncipe Don Fernando fué certificado que en Vizcaya eran venidos para él embaxadores del Duque Carlos de Borgoña, á los quales luego escribió rogándoles que se quisiesen venir á la ciudad de Burgos, donde mejor pudian estar que en otra parte, fasta que oviese despacho de los debates de Carrion; é aunque ovo diversidad de consejos donde el Príncipe los debiese recibir, al fin acordóse que fuese en la villa de Dueñas, lo qual así se puso en obra; donde vinieron quatro embaxadores del Duque de Borgoña con asaz gente é grande aparato. La causa de su embaxada fué el Duque desear confirmarse con el Príncipe Don Fernando el amistad que antiguamente avia sido entre los Reyes de Aragon Don Alonso é Don Juan, y el Duque Felipe su padre, la qual deseando tener el Duque Carlos, con verdadero amor embiaba al Príncipe Don Fernando su devisa del Tuson, la qual avian tenido los Reyes de Aragon ya dichos. Y el principal de estos embaxadores era uno de los de la divisa, el qual dijo al Príncipe las condiciones que debian guardar los que esta devisa tuviesen, la qual el Duque le enviaba por firmeza inviolable que para siempre entrellos se guardase por juramento militar para se ayudar é socorrer en qualesquier necesidades que se viesen; la qual divisa tanto aprovechó al Rey Duarte de Inglaterra, que como fuese echado de su Reyno con el ayuda de Carlos, Duque de Borgoña, le hizo fuese su Reyno restituído; la qual embaxada fué explicada ante el Príncipe Don Fernando en la Iglesia de Santa Maria de la dicha villa; á la qual por mandado del Príncipe fué respondido por Maestre Hernando de Moya. E de allí los borgoñones se partieron para Portugal. E ante quel Príncipe de Dueñas partiese, fué certificado de la concordia fecha entre el Duque Don Enrique de Guzman y el Marqués de Cáliz Don Rodrigo Ponce de Leon.

## CAPÍTULO XCII.

De la vuelta del Príncipe Don Fernando en Segovia é de la nueva que le vino de la enfermedad del Rey su padre.

Fuó forzado el Príncipe Don Fernando de se partir de Segovia é ir en Aragon á causa de la enfermedad del Rey su padre, en tan grande edad ocupado en grandes trabajos, é añadió á esto que parecia ser conveniente el apartamiento del Príncipe é la Princesa por el peligro que se aparejaba de amos á dos, si juntos estuviesen, é de la estada de la Princesa en Segovia se esperaba suceder provecho comun, como ella allí estando, siempre quedaria á los del Reyno alguna esperanza de conveniencia con el Rey Don Enrique, ni el Maestre de Santiago habria lugar de ocupar aquella ciudad que

mucho deseaba, como lo avia comenzado luego que de Carrion vino; pero fué puesta tal guarda por la ciudad por algunos hombres que la parte del Mayor-domo Andrés de Cabrera siguian, y muchos deseaban el servicio de los Príncipes, que no se dió lugar á lo pensado por el Maestre ni por los que lo seguian, los quales trabajaban por destruir la república destes Reynos, queriendo someter en miserable servitud, trabajando quanto podian por concluir el casamiento del Rey Don Alonso de Portugal con Doña Juana, hija de la Reyna. E como no sucedió la ocupacion de Segovia como el Maestre de Santiago pensaba, el Rey se partió por correr monte como solia. Allí dió las villas de Landrades del Colmenar al Duque Don Beltran de la Cueva, con previllegio quel Colmenar dende adelante se llamase Monbeltran. E con aquella montería, el Maestre encubrió algunos dias la ida de Portugal. E ya el Rey enojado de las cosas de Segovia no haber sucedido como quisiera, se partió para los confines de Portugal, pensando en el viaje é concordia concordar los Grandes del Andalucía para que consintiesen en el matrimonio del Rey Don Alonso de Portugal con Doña Juana, hija de la Reyna, lo qual no pudo acabar, como todos conociesen este casamiento ser total destruimiento destes Reynos.

## CAPÍTULO XCIII.

De como el Príncipe Don Fernando se partió para Aragon, é de la muerte de Ximeno Gordo, fecha por justicia, por mandado del Príncipe Don Fernando en Zaragoza.

En el mes de Agosto del dicho año de nuestro Redentor de mil y quatrocientos y setenta y quatro años, el Príncipe Don Fernando avido su consejo, se partió para Aragon, dejando en Segovia á la Princesa Doña Isabel, en tanto que el Rey Don Enrique y el Maestre de Santiago estaban en los confines de Portugal, á los quales era esperanza de acabar ligeramente lo que deseaban por las nuevas angustias é perplejidades en que conocian al Príncipe Don Fernando estar, como fuesen ciertos el Rey Luis de Francia tuviese ayuntado muy gran ejército para venir sobre la ciudad de Helna é provincia é sobre los otros lugares que por el Rey de Aragon estaban en el Condado de Rosellon. E avido por el Príncipe cierto mensajero destas nuevas, determinóse quel Príncipe se partiese para Aragon, donde los que su servicio deseaban estaban con gran temor por ver su Rey en tanta vejez, menguado de gentes é de dinero para contender con enemigo tan rico é tan poderoso. El Príncipe con grande ánimo se partió, é quiso en el camino ver al Arzobispo de Toledo que en Alcalá de Henáres estaba, é desde allí determinó ir por Guadalajara, porque si pasara por el camino que llaman la senda Galiana, é no fuera por Guadalaxara, pareciera poner el Marqués de Santillana alguna sospecha. E allí el Príncipe estuvo dos dias rescibiendo del Marqués grandes servicios é fiestas é desde allí el Príncipe se partió para Zaragoza, é allí comenzó á enten-

der en las cosas necesarias para la guerra que de los franceses esperaban; donde fué certificado quan disolutamente Ximeno Gordo en aquella ciudad vivia, é le fueron denunciados grandes crímenes é delitos por él cometidos é perpetrados; el qual con gran avaricia y deseo de haber mando en aquella ciudad, como quiera que él fuese de noble linage, renunció el estado de la nobleza é tornóse ciudadano, porque en aquella ciudad los hidalgos no pueden haber oficios; el qual era hombre astuto é malicioso é tenía la lengua muy despierta é dulce, con que atraía á sí el pueblo. E como quiera que el Rey de Aragon oviese sido algunas veces avisado de las maldades deste hombre, como quiera que estoviese ocupado en grandes negocios ó por ser naturalmente misericordioso é benino, dejólo sin punicion. El Príncipe muy secretamente quiso saber la verdad de las cosas cometidas por este Ximeno Gordo, é sabidas, desimuló con él mostrándole muy buena cara é mandaba que hiciese algunas cosas, llamándole muchas veces; é como de aquello Ximeno Gordo estoviese muy contento, el primero que en el palacio venia era él, no sospechando que siniestra cosa le pudiese venir. E acaesció que en un dia ante que el sol saliese, el Príncipe le envió llamar, el qual muy prestamente vino, y el Príncipe le preguntó si avia puesto en escrito algunas cosas que le habia mandado. Él respondió que sí. Y luego el Príncipe le mandó que se subiese arriba á lo mas alto de la casa, é con él Mosen Ramon de Espés é con ellos un secretario, para hablar algunas cosas que le cumplieran, en tanto que él oia misa. E como el Príncipe vido ser ya Ximeno arriba, él se subió á gran prisa é díxole la conclusion del negocio, el qual al Príncipe respondió maravillándose mucho del caso; y el Príncipe respondió é replicó diciendo que haria mejor de se arrepentir de sus pecados é dar consejo á su ánima, pues le convenia luego desta vida partir. Al qual Ximeno Gordo respondiéndole que donde estaba el clérigo que lo habia de confesar, comenzó luego á dar grandes voces porque oyesen en la ciudad lo que hacia, porque segun las leyes della el Rey no podia matar á ninguno despues que apelase ante el pueblo, fasta que fuese visto por derecho; la qual esperanza el Príncipe lo quitó mandándole luego ahogar, despues de leida ante él la sentencia en que se contenia todos los excesos é maleficios por él cometidos. Al Príncipe fué suplicado por los presentes que oviese misericordia de Ximeno Gordo é se le acordase de muchos servicios que le habia fecho, los quales fuesen en compensacion de los males por él cometidos; á lo qual el Príncipe respondió que á él pluguiera por los servicios facerle merced, mucho mas que aver de punir sus delitos, si la calidad de aquellos fuera tal; pero á él convenia facer justicia, é los servicios que Ximeno Gordo le tenía fechos, á sus hijos los entendia galardonar, porque sus graves excesos no quedasen sin pena, ni los servicios sin galardón; lo qual ninguno supo, salvo aquellos que por mandado del Príncipe hicieron la ejecucion. E luego el Príncipe, oida mi-

sa, mandó llamar un pregonero, é mandó que subiese arriba, é tomase al hombre que allí estaria muerto é lo llevase á la plaza, el qual como conociese ser Ximeno Gordo, quedó atónito pensando de la muerte de aquel se siguiese grande escándalo en la ciudad. E aunque con gran temor, hizo el mandado del Príncipe, é llevó el cuerpo de Ximeno Gordo á poner en la plaza, é por mandado del Príncipe en alta voz pregonó que ninguno fuese osado á llevar aquel cuerpo sin mandado del Príncipe, so pena de la vida. La muerte de aqueste dió gran temor á todos los ciudadanos de Zaragoza, mayormente á Mosen Fernando de Lanuza, como parecia este haber sido consentidor en los crímenes y excesos cometidos por Ximeno Gordo, que como tuviese poder del Rey para punir y castigar los malfechores, oviese dejado este sin pena. Esto fecho, el Príncipe determinó de se partir para Barcelona para el Rey su padre, é mandó al Gobernador Mosen Juan de Torrellas que luego como él se partiese, ficiese degollar á Estéfano de Urrea, porque se probaba ser falsario é compañero en los crímenes cometidos por Ximeno Gordo. El Gobernador hizo el mandado del Príncipe con grande admiracion del pueblo, é no menos de los Regidores é nobles de aquella ciudad, de que todos concibieron temor, como nunca oviesen visto en sus tiempos semejantes justicias facerse.

## CAPÍTULO XCIV.

Del gran ejército que el Rey Luis de Francia ayuntó en la ciudad de Narbona para embiar en la ciudad de Helna é Perpignan, é de los consejos que el Rey Don Juan ovo sobre la guerra que facer le convenia é sobre el casamiento de la Infanta Doña Juana su hija.

Por maravilla fué avido en tan grandes necesidades y en edad tan tierna el vigor y esfuerzo que el príncipe Don Fernando mostraba, como fuese cierto del grande ayuntamiento de gentes, así de caballo como de á pié que el Rey Luis de Francia tenia en la ciudad de Narbona, con tantas é tan grandes artillerias para combatir, como nunca fasta entónces en las partes de España fueron vistas para venir sobre la ciudad de Helna, que es situada al pié de los montes Perineos, á la una parte Ruysellon, é á la otra parte la provincia de Ampurias, para facer guerra no solamente en los lugares que por el Rey de Aragon avian seido recobrados, mas en todo lo otro que le quedaba. El Rey de Aragon en tan decrepitud, fatigado de tan grandes cuidados, deseaba mucho la venida del Príncipe Don Fernando su hijo, así por consultar con él las cosas que le convenian para resistir á tan duro adversario, como por entender en el casamiento de la infanta Doña Juana, su hija; que ya era en edad de casar, los quales negocios así difíciles le parecian. El Príncipe siguiendo la voluntad del padre, se partió de Zaragoza, é se vino en Barcelona, donde el Rey largamente comunicó con él todas las cosas que le parecian, así en lo uno como en lo otro; y el Príncipe no menos esplicó al Rey los grandes daños, agravios y males



que rescibia del Rey Don Enrique é del Maestre de Santiago Don Juan Pacheco, quejándose de la malicia del Rey Don Alonso de Portugal, á quien el Rey de Aragon oviese mucho amado, como fuese sobrino suyo, hijo de su hermana, y el Rey se maravilló de la ingratitud á él mostrada por el Rey Don Alonso de Portugal, intruso en sus Reynos, olvidando el deudo tan cercano que con él tenía, é no solamente con esto el Rey de Portugal habia mostrado su malicia, como él fuese cierto que mostraba alegría en saber las aficciones é trabajos que en tanta vejez estaba, é maravillábase como seyendo el Rey de Portugal en fama de hombre prudente, querer meter en las cosas perdidas del Rey Don Enrique, regido por el Maestre de Santiago é de los grandes de Portugal, á los quales siempre fué aborrecible la infelicidad de los Castellanos. E como en el comienzo de las cosas en Castilla acaecidas al príncipe Don Fernando, él estubiese incrédulo de las formas que contra él é contra la Princesa su muger se tenían, la experiencia lo mostró ser verdad; todo lo qual Alonso de Palencia coronista le habia dicho cerca de los casamientos de Doña Juana, hija de la Reyna, en Francia y en Italia y en Cataluña, los quales todos avian seido dejados, porque oviese efeto el casamiento de Don Alonso, Rey de Portugal, que avia seido desechado por la princesa Doña Isabel; donde el Rey de Aragon conoció enteramente la enemiga amistad del Maestre de Santiago, el qual siempre le habia seido capital enemigo, é ni por ruego ni por promesas nunca su propósito quiso mudar. Por lo que el consejo para proveer en estas cosas fué el siguiente: que el Rey de Aragon se fuese á la provincia de Ampurias, é se pusiese en la villa de Castellon que cerca de los montes Pirineos, é aquella villa é fortaleza hiciese mucho fortificar é aparejar de todo lo necesario, é pusiese la gente de caballo de Valencia en la villa de Figueras, é con ellos algunos de los peones de Navarra é Vizcaya, é los caballeros mas acostumbrados de la guerra dejase en la ciudad de Helna con los caballeros italianos que el Rey Don Fernando de Nápol le avia embiado, con un su capitán llamado Julio, é que de los caballeros que estaban en Perpignan ninguno fuese llamado, é que el Príncipe Don Fernando se fuese en Aragon é hiciese Cortes generales, donde aprobase las leyes aprobadas, é las que fuesen de aprobar confirmase, é demandase el sueldo para trescientos de caballo, los quales á muy gran priesa luego le embiase á la provincia de Ampurias, é con gran diligencia buscasen dinero para el armada que mucho le convenia hacer, como el Rey de Francia fuese cierto que tenia grandes galeas contra la costumbre antigua de los franceses para traer en ellas gran muchedumbre de gentes. E dado conséjo en las cosas dichas, el Rey quiso saber el parecer del Príncipe cerca del casamiento de su hija Doña Juana, el qual era demandado por notables embaxadores por parte del Rey Don Fernando de Nápol, para él é para su hijo segundo, llamado Don Fadrique; á lo qual el Príncipe respondió, ninguno destos ca-

samientos le parecia se debiese facer, como en el deudo pequeña diferencia oviese entre el padre y el hijo; é como el padre despues de haber perdido la primera muger muchos años, recusó nuevos casamientos por no dar madrastra á los hijos, y el mayor hijo suyo, Don Alonso, príncipe de Capuana é Duque de Calabria, tuviese hijos de su mujer y hermano del Duque Galeazo de Milan, al primogénito del qual pertenecia la corona del Reyno; así su parecer era el ya dicho al Rey, con todo eso parecia seguirse algunos agravios é inconvenientes, é dejándose de facer alguno destos dos casamientos como menospreciándolos, no solamente ingratitud se mostraria al sobrino Rey de Nápol, de quien muchas veces avia seido socorrido con gente é dinero, mas parecia tener con él enemistad, é no solamente á esta causa dejaria de dar ayuda, mas podria ser de ocupar la isla de Cecilia que por él mucho era deseada, como le fuese muy cercana; por las quales causas le parecia se debia acetar el casamiento del Rey Don Fernando con su muy ilustrísima hija, lo qual era mas conveniente que darla al hijo segundo, como ya su hija quedaria Reyna. E como al Rey pareciese esto se debiese consultar con la hija, porque grandes inconvenientes se siguen de los casamientos que se hacen sin consentimiento de las mugeres, el Rey mandó llamar á la Infanta su hija, é díxole todo lo que en este caso avia pasado é visto con el Príncipe su hermano, en las causas que le movian á este casamiento; porquel Rey ninguna cosa desto queria concluir sin voluntad é consentimiento suyo; é así le mandaba que claramente le dixese su determinada voluntad. Lo qual oido por la Infanta, rescibió vergüenza en este caso aver de hablar; pero como fuese toda de mucha virtud é discrecion, respondió que como ella fuese nascida para casar é la razon esto demandase é la bienaventuranza suya fuese en el casamiento, esto era de remitir á nuestro Señor, en cuya benignidad esperaba querria mirar con ojos de misericordia los grandes trabaxos del Rey su señor é su padre en los quales algun remedio se daria si ella bienaventuradamente casase, é ya ella fuese en edad conveniente demandada por aquellos príncipes al Rey muy parientes é caros; é pues á su parecer el Rey esto dexaba, teniéndoselo en merced, é besando las manos por ello, respondia parecerle ser mas conveniente el casamiento del Rey Don Fernando su primo; á lo qual dió muchas é evidentes razones, las quales el Rey aprobó y el Príncipe loó mucho el ingenio y virtud de su muy amada hermana. E á los embaxadores del Rey de Nápol, oida esta respuesta, con grande alegría fué luego denunciando; é prestamente subcedió otro nuevo embaxador del ya dicho Rey de Nápol, el qual siempre siguió las pisadas del Príncipe. E como el Rey de Nápol toviese gran vigilancia, en cada parte del mundo procuraba tener hombres discretos que en todas las partes supiesen las cosas, é por sus letras se las hiciesen saber. Estas cosas así fechas en Barcelona, el Príncipe Don Fernando se volvió á Zaragoza por proveer

en las cosas segun el mandamiento del Rey su padre.

## CAPÍTULO XCV.

De las cosas en este tiempo en Portugal acaecidas é de la muerte de Don Juan Pacheco, Maestre de Santiago.

En este tiempo el Maestre de Santiago Don Juan Pacheco á requēsta del Rey de Portugal se vido con él. Entonce, entre todos los Príncipes Christianos, tenia fama de ser el mas prudente é mas casto, teniendo el cetro, por Dios á él encomendado, en aquellos dias pacíficamente; ni avia causa de tener guerra con ninguno, salvo con los moros que á él era muy honrosa, el qual habia rescibido aquel Reyno asaz menguado de riquezas, é por industria del Infante Don Enrique su tio, hombre muy notable de grande edad, le habia enriquecido, mostrando á los portugueses navegar. E ya el Rey Don Alonso, avido por muy claro entre los príncipes Christianos, no pudo guardarse de los engaños de la fortuna, como tuviese esperanza de aver el casamiento de Doña Juana, llamada hija del Rey Don Enrique; é creyendo haber estos Reynos de Castilla é de Leon despues de la muerte de aquel, tovo forma con el Maestre Don Juan Pacheco como el dicho casamiento oviese efeto, sabiendo ser aquella la voluntad del Rey Don Enrique, é para ello oviese público consentimiento, no solamente de los Grandes, mas de las ciudades é villas é pueblos dellos; y como en esto ya se sonase muy poderoso, desde allí comenzó paso á paso de entender en el negocio, tentando el parecer de los grandes de su Reyno, porque los otros casamientos de que ya es fecha mencion, se avian estorbado, é todas estas cosas así pasadas, de consentimiento destos dos Reyes se ofresció oportunidad para hacer este casamiento, en tanto que el Rey Don Enrique estaba en los confines de Portugal, el qual habia de dar al Maestre Don Juan Pacheco la ciudad de Truxillo, la qual dias avia que avia sido dada al Duque de Arévalo; la posesion de la qual dada al Maestre de Santiago, se avia de facer el desposorio del Rey Don Alonso de Portugal con Doña Juana, hija de la Reyna Doña Juana; la qual ciudad de Truxillo, el Duque de Arévalo no avia avido porque le fué dado el Maestrazgo de Alcántara para su hijo Don Juan Pimentel, en recompensacion della; é el Rey Don Enrique vino á Madrid en tanto que el Maestre de Santiago con autoridad suya ablandaba los corazones de los de Truxillo, é podia atraer á Gracian de Sesé, Alcayde de la fortaleza de Truxillo, á que la entregase. En tanto que estas cosas se trataban, el Maestre estaba en la villa de Santa Cruz, que cerca á Truxillo, y desde allí por sus mensageros solicitaba los grandes de Andalucía, que diesen consentimiento al desposorio del Rey Don Alonso de Portugal con la dicha Doña Juana. En el qual tiempo nuestro señor quiso que el Maestre de Santiago no viese el casamiento por el Rey de Portugal tanto deseado en daño universal destos Reynos, porque en él se verificase aquella

sentencia del santo Job que dice: *Dios disipa los pensamientos de los malos, porque sus manos no pueden acabar lo que desean.* E su voluntad fué que de la misma enfermedad de que murió el Maestre de Calatrava, su hermano, muriese él; é así el Maestre de Santiago Don Juan Pacheco murió en la villa de Santa Cruz, á quatro de Octubre del año de mil é quatrocientos é setenta y quatro años, estando en los tratos con el Alcayde Gracian, y quando estaba al cabo, ovo de venir el Alcayde á hablarle, y hiciéron sentar al Maestre en una silla, y que se esforzase lo mas que pudiese, haciendo que la cámara estoviese oscura, porque el Alcayde no le viese la flaqueza que tenia, á do concertó que le entregase la fortaleza. Y luego otro dia, en yéndose el Alcayde, murió el Maestre, y fué tanta la astucia de Pedro de Baeza que lo contratava, que aunque el Alcayde estaba receloso dello, le dió tanta priesa que le entregó y dió el Maestre al Alcayde Gracian á Sahelices de los Gallegos. El Maestre dejó por heredero á Don Diego Lopez Pacheco, Marqués de Villena, primogénito suyo, al qual entre las cosas grandes que le dejaba, encomendó fuese dada la guarda de Doña Juana, que segun él creia avia de ser esposa del Rey Don Alonso de Portugal; é á Don Pedro Puertocarrero, su hijo segundo, dejó el Alcaydia Mayor de Sevilla en la casa que avia sido de la Marquesa de Villena, su madre, con todas las otras rentas que tenia en Sevilla y en sus términos, y las villas de Villanueva y Mogull, con otros pequeños lugares que en el Andalucía tenia; é á Don Alonso Tellez, su hijo tercero, dejó el castillo de Montalvan é la Puebla de Montalvan é otras rentas de dinero; é á Don Alonso Pacheco, hijo suyo bastardo, Comendador de Guadalherza, de la Orden de Calatrava, dejó algunas rentas de dinero. E fallecido así el Maestre Don Juan Pacheco, tóvose su muerte encubierta algunos dias fasta que lo llevaron á depositar al Monesterio de Guadalupe, para desde allí trasladar sus huesos á la sepultura por él ordenada en el Monesterio del Parral de Segovia, de la Orden de San Jerónimo.

## CAPÍTULO XCVI.

De los Grandes destos Reynos que pensaron aver el Maestrazgo de Santiago é de la forma no pensada que el Arzobispo de Toledo en esto tuvo.

Grande fué el alegría que los mas pueblos destos Reynos ovieron de la muerte del Maestre de Santiago, é mucho mayor de algunos de los Grandes, cada uno dellos creyendo aver aquella dignidad, no con Dios ni con órden, mas por modos esquisitos; de los quales el principal fué Don Enrique de Guzman, Duque de Medina Sidonia, que no avia seido en la Orden, ni avia razon alguna para lo demandar, salvo por su grandeza; y el Conde de Benavente, que ya en vida de su suegro pensó aver esta dignidad sin tener para ello razon alguna, con grande ansia la procuraba, tomando en ejemplo en los Maestres Don Alvaro de Luna é Don Juan Pacheco, los qua-